

aventura existencial y de su trayectoria poética. Para ello se sirve tanto del método biográfico, como del análisis textual, lo que redundará en un mayor conocimiento de las estrechas relaciones entre vida y poesía a lo largo de las diferentes etapas del poeta castellano. Tras la nostálgica indagación en una infancia soñadora y una mocedad desnortada, el biógrafo plantea un recorrido por las principales fases creadoras del vate castellano: la del poeta transeúnte (1920-1929), la de los años violentos (1930-1942), la del poeta con destino (1943-1957) y, finalmente, la de la edad de los adioses (1958-1968); con particular atención a las obras más representativas de cada periodo: *Versos y oraciones de caminante* (1920 y 1930), *Español del éxodo y del llanto* (1939), *Ganarás a luz* (1943) y *¡Oh, este viejo y roto violín!* (1966).

Según afirma el biógrafo en la «Advertencia preliminar a la primera edición», la obra debería haberse titulado *La gran aventura de León Felipe*;

sin embargo, y por decisión del biografiado, acabó llamándose *León Felipe, poeta de barro*. El primer título remite al «poema anti-épico» que abre el libro «¡Oh, este viejo y roto violín!», compuesto a principios de los años sesenta, en el que la materia biográfica, con sus numerosos avatares, tiene una presencia preponderante. El segundo alude a la composición intitulada «Barro», que el poeta octogenario dedica a su amigo don Guillermo, al que los ingleses llaman William Shakespeare. Al final de la gran aventura de su vida, con sus inevitables transformaciones, aún no había encontrado respuesta a la pregunta *¿quién soy yo?*; pero había acariciado la certeza de que el destino final del poeta, como el de los demás hombres, es el barro: el sucio, sufrido y humilde barro originario. —MANUEL NEILA.

Luis Rius, *León Felipe, poeta de barro (Biografía)*, prólogo de Alberto Martín Márquez, Madrid, Instituto Cervantes, 2019.

Vivir, viajar, escribir

VIVIR, viajar y escribir son tres caras de una misma experiencia vital y una forma de la literatura, el libro de viajes, en la que se desdibujan las fronteras de los géneros y se mezclan desde el diario personal a la novela de aventuras, pasando por el libro de historia, el relato y el ensayo de vida: son

ficción y realidad; pasado y presente; análisis y comparación; narración y descripción; lirismo y reflexión. De todo esto hay un poco en *Un andar que no cesa*, la última publicación del infatigable Ramón Acín, quien nos propone caminar a su lado para descubrirnos con mirada lúcida y honesta los temas esenciales de su literatu-

ra: el paisaje y la memoria, la guerra civil y los libros... la escritura.

Desde la antigüedad clásica, el viaje, sea físico o espiritual, es uno de los grandes temas literarios: el retorno a casa, la bajada a los infiernos, el descubrimiento de nuevas tierras, el nomadismo como forma de vida... Al final son variantes de una misma necesidad: la de conocer al otro y su entorno para conocer mejor el tuyo y a ti mismo, y a esto se apresta Ramón Acín en *Un andar que no cesa*, un libro de viajes fragmentario estructurado en cinco «vagabundeos», como señala en el prólogo Julio Llamazares, que van desde Egipto, pasando por Europa y Aragón, hasta llegar al territorio íntimo y personal del propio escritor.

El primer vagabundeo, titulado genéricamente «Itinerar del viajero», se subdivide en cuatro partes que nos invitan a viajar con el autor por Sicilia, el Véneto y Venecia, Bruselas, Gante y Brujas y, finalmente, ese mundo de mundos que es Egipto. Su propuesta –sin denigrar el viaje organizado– es la de desplazarse por libre, conviviendo con los autóctonos, conociendo sus gustos y costumbres y, siempre que sea posible, complementar las visitas obligadas con otras fuera de las rutas trilladas por el turismo de masas, se trata de «extraviarse, merodear sin prisa, quedarse traspuesto o engolfarse en los detalles...» para disfrutar de olores, comidas, ruidos y sonidos... del ambiente, de la atmósfera de quien habita y aprovechando el dis-paradero sensorial hacer aflorar en nuestra conciencia de viajeros-lectores-escritores, deseos, reflexiones, lecturas, películas, comentarios... la vida.

El segundo, «Viajes bélicos», es un díptico que nos lleva a rastrear las cicatrices de la Guerra Civil en los paisajes de Aragón –de norte a sur, desde Biescas, en Huesca, hasta Sarrión, en Teruel–, y los de la Segunda Guerra Mundial en Normandía, con el objetivo, en primera instancia, de «comprender el porqué de la violencia y su intolerancia congénita», y en última y principal, con la finalidad de recordar para «cerrar heridas y evitar su repetición».

El tercero, «Viajes de papel», es un brillante ensayo sobre la «Literatura de la memoria. Pueblos deshabitados», en el que Acín pone a nuestra disposición sus avezados ojos de crítico y teórico de la literatura, de lector y escritor de esa temática, de hermano y compañero de mil andanzas de un gran experto en Aragón (José Luis Acín), de amigo de gran parte de sus máximos exponentes, para analizar la problemática de la España vaciada, hoy en día tan en boga pero, sobre todo, para disfrutar de sus paisajes, viajando a los territorios personales, ficticios y reales, de cuatro grandísimos escritores: la montaña leonesa de su prologuista, Julio Llamazares; la vieja Mequinenza de Jesús Moncada; la sierra valenciana de Alfons Cervera y el Crespól de Giménez Corbatón, en el Maestrazgo turolense. Con todos ellos, el autor, y casi con toda seguridad muchos de sus lectores, compartirán numerosos aspectos vitales: orígenes rurales, emigración y vida urbanita, necesidad de recuperar espacios de la infancia, etc.

Estudio esencial e imprescindible para todo aquel que guste o quiera adentrarse en esta literatura o en sus

mundos particulares, con el regalo añadido de un epílogo en forma de breves, pero interesantes, confidencias de tres de ellos, Cervera, Corbatón y Llamazares, sobre su particular interpretación del «paisaje de la infancia».

Este original viaje lector contiene también una importante carga crítica, que invita a la reflexión sobre el problema de fondo, la despoblación del mundo rural y sus efectos colaterales: la pérdida constante de identidad y memoria colectiva; la falta de sensibilidad ante el legado patrimonial del pasado, tanto material como inmaterial; la necesidad de conservar ese mundo que desaparece, el uso partidista e interesado del tema, etc.

En el cuarto, significativamente titulado «Con Francisco de Goya por Aragón», Ramón, como un nuevo Labordeta, se cuelga la mochila al hombro y nos propone precisamente eso, rastrear las huellas de su pintura en su tierra, desde su Fuendetodos natal, pasando por Muel, Pedrola, Remolinos, Alagón, Calatayud, Zaragoza, etc. Es un viaje artístico-cultural a la obra en Aragón del pintor, sí, pero disfrutando también de la gastronomía y del paisanaje, daría para un magnífico capítulo de «paisaje con figuras».

Su miscelánea y fragmentaria propuesta concluye con un último vagabundeo, «Por el Somontano de Barbastro y Alquézar: Viaje a ninguna

parte, su relato literario», un díptico compuesto exactamente por la descripción del recorrido y su ficción literaria, un relato circular brillante con el que Acín nos descubre que en última instancia su verdadero viaje es la escritura y, el nuestro, el que acabamos de realizar, su lectura.

Ramón Acín es un escritor brillante, de certero análisis y aguda mirada crítica, viajar con él es hacerlo con los ojos bien abiertos, cargados de experiencia de vida y lecturas de muchos años, pero su vasta cultura no es una carga pesada, la vaporiza en gotas ligeras que se mezclan con altas dosis de emoción y asombro, convirtiendo *Un andar que no cesa* en una verdadera terapia amena, instructiva y refrescante.

A Ramón Acín le pasa como a Joaquín Carbonell, ese Brassens, Serrat o Sabina aragonés, que pudiendo jugar en la liga de los más grandes, ha renunciado a ello para quedarse en su tierra y contribuir con su trabajo a mejorarla. No lo duden, cálcense sus botas de viajero y saboreen *Un andar que no cesa* con calma, con delectación, como si fuese un buen vino o un buen jamón o las dos cosas juntas. Que les aproveche. —JUAN VILLALBA SEBASTIÁN.

Ramón Acín, *Un andar que no cesa*, Madrid, Fórcola, 2020.